



EL DIRECTOR
DE LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS

Se complace en invitar a usted a la **Conferencia-coloquio** que se celebrará el día 18 de febrero, las 19'30 horas, en los locales de esta Entidad, **Plaza de Nules, 2.**

Sobre el tema
LA REVELACION DE JUAN NEGRIN EN LA VALENCIA DE 1937
Intervendrá como ponente el doctor:

D. Juan Marichal
CATEDRATICO HARVARD UNIVERSITY

Valencia, febrero 1986

LA REVELACION DE JUAN NEGRIN
EN LA VALENCIA DE 1927

LOCALES DE LA SOCIEDAD
Febrero 1986

No puedo dejar de confesarles cuan conmovido me siento al estar ahora, aquí, en Valencia, y precisamente en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. He hecho mía la condición intelectual y moral que un historiador francés describió para autorretratarse: «fósil del siglo XVIII». Esto es, creyente firme en los principios humanitarios de la llamada «Ilustración»: y que hoy es más necesario proclamar que en el mismo siglo XVIII, dada la enorme crisis que sufre, en estos tiempos nuestros, el concepto de «humanidad». Decía el Presidente Azaña que sólo había un propósito que justificaba la actividad política de los españoles educados: «adelantar la civilización en España». Y las Sociedades de Amigos del País respondieron, en su origen, justamente a esa aspiración. Ser fósiles del siglo XVIII no resulta así, en este caso, practicar costumbres anacrónicas ni, menos aún, seguir principios inútiles: porque, desgraciadamente, hay también mucho en este país que necesita la amistad cuidadosa de personas como ustedes. Decía también el Presidente Azaña que España era el país más bonito del mundo, pero que lo estropeaban continuamente sus moradores. Y, aunque, hoy, existe una activa voluntad en muchos españoles de preservar la belleza de su patria, se necesita, patentemente, la acción de las instituciones benéficas (en la acepción del siglo XVIII) como la que ustedes constituyen.

La emoción aludida es, sin embargo, muy personal: porque aquí llegue -como tantas personas mayores y menores evacuadas del Madrid asediado- a finales de 1936, y en Godella, primero, y más tarde en esta capi-tal, pasé todo el año 1937. Y no sería exageración decirles que aquella Valencia de 1937. -aquella Valencia universal de 1937- marcó decisiva-mente mi vida. Aquí, en el Instituto «Blasco Ibáñez» tuve excelentes maestros que me orientaron hacia los estudios que constituirían mi vocación universitaria: la literatura, la historia y la filosofía. Muchos años más tarde tendría la alegría de coincidir en la Universidad de Harvard, en su cuerpo docente, con mi profesor del «Blasco Ibáñez», don Antonio Regalado, con quien leíamos unos cuantos compañeros, el Quijote. Pero, también en aquella Valencia de la revista Hora cie España y del Congreso Internacional de Escritores, viví horas que nunca podré olvidar. Recuerdo así una conversación con un campesino extremeño, herido de guerra, en el jardín del Instituto-Escuela, donde estaba instalado el Instituto «Blasco Ibáñez» a principios de 1937: una parte del edificio era también una residencia de convalecientes, como el campesino aludido. Y sus palabras -«Sabes, nosotros luchamos por la libertad del mundo»- y el rostro de aquel hombre del pueblo español, siempre han permanecido en mi recuerdo como símbolo de aquella hora universal de España. Otras rememoraciones se agolpan, ahora, de la Valencia de 1937 -el oasis, primero, que fue Godella, para un muchachito que venía del Madrid heroico, pero donde había hambre y frío- que ocuparían demasiado tiempo y son más bien para escritas que para habladas. En suma, tengo una deuda permanente con la Valencia de 1937.

Las páginas que voy a leerles a continuación tienen también un apoyo en aquella Valencia de la revelación de Juan Negrín: dado que yo residí en el «Hogar Canario», en la calle Sorní, y los visitantes diarios hablaban, por supuesto, del Dr. Negrín.

Recordemos que el Presidente Azaña había llegado a Valencia a principios de mayo de 1937 y se había instalado en la finca La Pobleta. Allí empezó la redacción del diario

íntimo al que dio el título de «Cuaderno de La Pobleta» que concluiría en diciembre, pocos días antes de trasladarse a Barcelona. Y en la entrada correspondiente al 20 de mayo relata el final de la crisis de gobierno generada por el enfrentamiento entre los ministros comunistas y el Presidente del Consejo, Francisco Largo Caballero. Escribe Azaña:

«Me decidí a encargar del Gobierno a Negrín. El público esperaba que fuese Prieto. Pero estaba mejor Prieto al frente de los ministerios militares reunidos, para los que fuera de él, no había candidato posible. Y en la Presidencia, los altibajos del humor de Prieto, sus *repentes*, podían ser un inconveniente. Me parecía más útil... aprovechar en la Presidencia la tranquila energía de Negrín.

No podemos entrar, ahora, a considerar las polémicas, en torno a la elección de Negrín, hecha por Azaña en aquellos días de mayo de 1937, tan reveladores de las divisiones internas de la España republicana. Fue, sin duda, la segunda «revelación» de la historia de la Segunda República, análoga, en cierto grado, a la del propio Azaña en la primavera y otoño de 1931. Se ha dicho y repetido que Azaña escogió a Negrín por ser el candidato de los comunistas, e incluso de la Unión Soviética: todavía el mes pasado, una revista mensual de historia, ha realzado y suscrito, diríase, el artículo de un anticomunista profesional, colocando en la portada la imagen del Dr. Negrín, con el pie siguiente: «Hombre de Moscú». No voy a tratar de refutar un texto que repite lo que otros autores -liberalistas más bien que historiadores- han repetido desde 1937. Sí mantengo que el Presidente Azaña actuó con total independencia, ejerciendo su propio juicio de estadista, como muestran las palabras antes citadas.

Juan Negrín no era, desde luego, un desconocido para Azaña. Fue justamente Negrín - junto con Luis Araquistáin- el que manifiesta a Azaña el 28 de agosto de 1931 que debe ser el nuevo Presidente del Consejo, al pasar a la Jefatura del Estado don Niceto Alcalá-Zamora: o sea, que más de un mes antes de la «revelación» de Azaña en las Cortes, con su discurso del 13 de octubre de 1931, Araquistáin, Negrín y otros diputados de las Cortes Constituyentes -incluso José Ortega y Gasset- consideraban a Azaña acornó el único candidato posible para la Presidencia del Gobierno. Aunque quizás no todos compartieran el deseo de Negrín respecto a la función del nuevo Presidente, que conocemos por la transcripción de Azaña, en su diario, de aquel día, el 28 de agosto de 1931. Tras referir que Araquistáin se muestra partidario de «una dictadura cuando conviene», escribe Azaña: «Negrín asiente y añade que se necesita una dictadura bajo formas y apariencias democráticas que haga posible la preparación del pueblo para el futuro». También se refiere Azaña a Negrín, en su diario, cuando ya es Presidente del Gobierno, en 1932, con ocasión de una visita a los terrenos de la Ciudad Universitaria - de cuya Junta Constructora era Negrín el secretario y gerente efectivo. Tras escuchar los proyectos de Negrín, observa Azaña el 24 de marzo de 1932: «Le ayudaré cuanto pueda, porque a eso iban mis planes, pero dudo que tenga yo tiempo de llevarlo a cabo». En suma, que Azaña conocía la capacidad ejecutiva de Negrín, cuando le pide que forme gobierno a "tediados de mayo de 1937.

Dos semanas más tarde, haciendo el resumen de lo sucedido en ese mes tan cargado de historia española, escribía Azaña en su diario el día 31:

«El nuevo gobierno ha sido recibido con general satisfacción. La gente ha hecho ¡uf! y ha respirado. Se espera de él. energía, decisión, voluntad de gobernar, restauración de los métodos normales en la vida pública, apabullamiento de la indisciplina».

Añadiendo Azaña: «El nuevo Presidente tiene gran confianza en sus designios, en su autoridad, afirma que la guerra durará mucho todavía y que se prepara para ello». Azaña reconoce que Negrín es «poco conocido», pero «es inteligente, cultivado, conoce y comprende los problemas, sabe ordenar y relacionar las cuestiones». Y Azaña responde, para sí, a los que pensaban que el verdadero jefe del gobierno sería Prieto:

«(Negrín) es hombre enérgico, resuelto, y, en ciertos aspectos, audaz-... El carácter de Negrín no sirve para eso (es decir, para que Prieto le dirigiera)».

Concluyendo, Azaña, respecto al conjunto del gobierno: «Deseo ardientemente que les acompañe el acierto».

Deseo que compartían, sin duda alguna, cientos de miles de españoles (por no decir algunos millones) de la España republicana, aunque Negrín, como apuntaba Azaña era apenas conocido de la generalidad de ellos. En contraste. Negrín sí era conocido fuera de España, particularmente en los Estados Unidos -en el ámbito universitario identificado con la figura y la política del Presidente Roosevelt- y en Francia, entre los políticos preocupados por la situación de Europa en aquellos años del rearme alemán. Y la acogida internacional inicial del nuevo gobierno se vería confirmada e incrementada al ser más ampliamente conocido Negrín, por sus viajes fuera de España y por sus relaciones personales con visitantes de otros países. Negrín, como el mismo Azaña antes de 1931. no había hecho «carrera política», pero -también como Azaña- había sido. antes de 1936, un español muy consciente de los problemas internacionales además de querer (como Azaña) «adelantar la civilización» en su patria. Es más, no sería arbitrario sostener que Negrín era el español mejor preparado para el cargo que empezó a ocupar a mediados de mayo de 1937.

Mas Negrín, hoy. es un desconocido para la casi totalidad de los españoles: Dejando de lado, ahora, el evidente *ninguneo* de su figura realizado por el partido socialista, que se suma (por así decir) con su silencio temeroso a las difamaciones antes aludidas de libelistas y pseudo historiadores de variadas ideologías. Veamos, pues, someramente, quién era Juan Negrín en 1937.

Recordemos que Juan Negrín nació el 13 de febrero de 1892, en la capital de Gran Canaria, Las Palmas. Su padre era un destacado miembro de la burguesía comercial de aquel puerto y se esforzó en dar a su hijo una educación lo más europea posible. Así Juan Negrín -tras completar precozmente el bachillerato- marchó a Alemania, como otros jóvenes canarios de su tiempo, para cursar estudios universitarios. Y tras obtener el grado de doctor en Medicina, en Leipzig, en agosto de 1912, se incorporó al profesorado del Instituto de Fisiología de aquella Universidad. No es ocioso mencionar que la Alemania universitaria de entonces era la vanguardia intelectual del socialismo europeo, representada por los llamados «socialistas de cátedra»: uno de los más conocidos fue, por ejemplo, el maestro de Ortega en Marburgo, Hermann Cohen. Juan Negrín hizo también estudios de economía con algunos de esos maestros: y, dicho sea

de paso. allí, en Leipzig, conoció a un joven profesor de Madrid, Julián Besteiro, que ampliaba estudios de filosofía y teoría socialista, que no fue, sin embargo, uno de sus amigos españoles. Y conviene precisar que, en contraste con la generalidad de los españoles que estudiaban en Alemania con becas estatales -tras haber obtenido sus títulos universitarios -durante algunos meses o pocos años, Juan Negrín hizo todos sus estudios universitarios en Alemania y allí comenzó su actividad docente e investigadora. Esto es, Juan Negrín fue, quizás, el joven español de su tiempo más enteramente y más normalmente europeo. Aunque Negrín se sentía muy intensamente español. Aquello que reiteraba Unamuno -«he vivido con el espíritu fuera de España y esto es lo que me ha hecho español»- podría aplicarse, sin paradoja, a Negrín: el vivir desde muchachito fuera de España le había hecho muy apasionadamente español.

Mas también en ese sentimiento operaba su condición de canario, de español insular. Un muy breve inciso me permitirá, ahora, precisar esta referencia al intenso sentimiento patriótico de Juan Negrín.

Al recibir un libro del poeta canario Saulo Torón -prologado por su amigo Pedro Salinas- escribía Antonio Machado a su autor: «Sus poemas me traen la emoción atlántica de la conciencia integral de España». No es la ocasión, por supuesto, de detenerse en estas palabras de Machado, pero sí puedo afirmar que constituyen una muy acertada caracterización del sentimiento español canario. La conciencia, en suma, del español que estando geográficamente fuera del territorio continental español, se siente -por su idioma, por su historia, por su cultura- integralmente español: sin caer, por otra parte, en estrechos provincianismos. Y no sería una exageración el afirmar que Juan Negrín se sentía, tan intensamente español, como su paisano isleño, el gran novelista Galdós, la encarnación misma de la llamada por Machado, «conciencia integral de España».

Juan Negrín no regresó a su patria hasta 1917. a instancias de un grupo de científicos que querían así (como se diría hoy) «recuperar un cerebro español». Se instaló en Madrid y con la ayuda de Caja! ganó la cátedra de Fisiología de la Universidad de Madrid: no fue, sin embargo, un buen profesor en los cursos generales. Su entusiasmo docente se explayaba en el laboratorio, en el cual se formaron algunos de los investigadores más reputados de la ciencia española contemporánea: los doctores Severo Ochoa y Francisco Grande Covián representan hoy la que podría llamarse, en un sentido literal, «la escuela de Negrín». Pero las tareas que revelaron el singular temple ejecutivo de Negrín fueron, primero, las de la secretaría de la Facultad de Medicina (desde 1923), y, más tarde, en 1927, las que más gozosamente desempeñó en toda su vida profesional y pública, la gerencia de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria de Madrid. Los primeros trabajos se iniciaron en 1929. pocas semanas después del ingreso de Juan Negrín en el Partido Socialista Obrero Español.

Recordemos que ese año, 1929, marcó la incorporación de un número significativo de universitarios españoles al partido socialista. Precisamente un artículo del Dr. Gregorio Marañón aconsejaba entonces a los universitarios españoles ingresar en el que él llamaba «partido en marcha». Añadía Marañón: «sólo nos queda el socialismo como disciplina o como ideología» (aunque no siguió Marañón su propio consejo). Juan Negrín expuso, en forma más personal, las razones de su ingreso en el PSOE, en una conferencia que dio en la Casa del Pueblo madrileña, el 1.º de diciembre de 1929. Para Negrín, el partido socialista era el único partido «realmente republicano que existe hoy

en España». Recalcando que esto fue «una razón decisiva para mí». No conviene olvidar que entonces - en los preludios de la Segunda República- el PSOE no era, propiamente, un partido republicano en sus finalidades inmediatas: Besteiro, sobre todo, el presidente del partido, se oponía repetidamente a toda participación conspiratorial contra la Monarquía. Puede así conjeturarse que Negrín se situaba entonces entre los socialistas -particularmente Indalecio Prieto- que querían unirse a la llamada Alianza Republicana.

La entrada oficial del Dr. Negrín en la actividad política nacional -como en el caso de una gran parte de su generación intelectual, la de Ortega y Azaña. la de 1914- fue en 1931, cuando resultó elegido por la provincia de Las Palmas a las Cortes Constituyentes de la Segunda República. El doctor Negrín no era conocido, políticamente, en su campo con-servador, tan importante en Gran Canaria. Su elección (Junto con la de otro socialista y compañero universitario del Dr. Negrín. el Dr. Marcelino Pascua) se debió al gran esfuerzo organizador de algunos jóvenes socialistas de la isla encabezados por el actual alcalde y senador de Las Palmas, don Juan Rodríguez Doreste. Fue derrotado, en cambio, en 1933, en Las Palmas, pero como aparecía también en la candidatura socialista de Madrid fue reelegido con un alto número de sufragios (173.886), sólo inferior a los de Besteiro y otro candidato. En 1936 fue reelegido nueva-mente en Madrid y también obtuvo la victoria en Las Palmas, optando por representar a su provincia natal. El Dr. Negrín fue así representante parlamentario en las tres Cortes de la Segunda República, pero no se des-tacó -como otros universitarios- por su oratoria. Sabía que carecía de la facilidad verbal de algunos de sus amigos (Prieto, por ejemplo) pero, sobre todo, estimaba que el trabajo efectivo del Parlamento debería hacerse en lo que él llamó en 1934, «una especie de Parlamento adjunto que fuera como una serie de consejos técnicos que se encargaran de determinar sobre las leyes que habían de venir al Parlamento». El doctor Negrín deseaba, en suma, que las Cortes fueran un instrumento de eficacia legislativa para la rápida transformación de la vida española. Y se explica así lo que dijo a Azaña, el 28 de agosto de 1931, citado antes.

Debe mencionarse también que su dominio de los idiomas principales de Europa hizo que se le designara para representar a la nación española en dos organismos internacionales, la Oficina Internacional del Trabajo (sección de la Sociedad de las Naciones) en Ginebra, y la Unión Interparlamentaria Europea, con sede variable, en la propia inclinación, le hacían seguir de cerca los sucesos e interpretaciones de las relaciones internacionales: estaba así suscrito a numerosas publicaciones extranjeras de muy diversa índole. Quizás fuera, incluso, el único lector asiduo, en Madrid, del ultraconservador diario francés, L 'action francaice. No sería, pues, aventurado decir que Negrín era, probablemente, el español mejor informado de, la realidad política europea de los años republicanos.

En cuanto a España misma, Juan Negrín era, en la primavera de 1936. un leal y eficaz «prietista»: de ahí que creyera entonces que su amigo Indalecio Prieto era el único candidato posible para la jefatura de un gobierno republicano empeñado en evitar el conflicto sangriento que tan-tos españoles veían como inevitable. Y. después de la designación de Santiago Casares Quiroga para la presidencia del Consejo de Ministros - designación que el Dr. Negrín, como muchas personas más, consideró un grave error del Presidente Azaña- se esforzó en persuadir a sus amigos de los partidos conservadores que evitaran rompimientos irreparables. Y, por supuesto, el Dr. Negrín sabía que un intento revolucionario, en España, por parte de la izquierda estaba condenado al fracaso,

o a una lucha armada de muy imprevisibles consecuencias. Se encontró así, el Dr. Negrín, al iniciarse la guerra interna en 1936, en una situación aparentemente paradójica: la de participar con toda su energía, y toda su imaginación, en una contienda que él había querido evitar.

Y cuando el 4 de septiembre de 1936 fue nombrado Ministro, de Hacienda -al incorporarse los socialistas al gobierno republicano, en forma visiblemente dominadora, bajo la presidencia de Francisco Largo Caballero- Negrín declaró que tal gobierno iba a ser muy mal visto en los países democráticos y que, en verdad, equivalía a una victoria del adversario. Aunque, por supuesto, el Dr. Negrín se entregó, con toda la energía que le distinguía, a sus tareas de gobierno. No voy a entrar, ahora, en la gestión de Negrín en Hacienda, tema estudiado en forma precisa y documentada por mi buen amigo el profesor Angel Viñas en libros como *El Libro de oro de Moscú* y otros excepcionales estudios. Fue, precisamente, la extraordinaria eficacia de Negrín en Hacienda lo que llevó, en gran medida, al Presidente Azaña a confiarle la jefatura del gobierno republicano tras la crisis mencionada de principios de mayo de 1937.

Reiteremos que su nombramiento fue acogido con marcado entusiasmo en la España *leal* -como recuerdo haber observado aquí, en la capital republicana de entonces- y fuera de España. Porque para los amigos de la República española en muchos países, y para miles de españoles, el espíritu modernizador que representaba el régimen al que en 1931 se había denominado «república de profesores», lo encarnaba el Dr. Negrín mucho más que el propio Presidente Azaña. Así desde mediados de mayo de 1937. el contraste entre las dos Españas bélicas, cobró mayor simbolismo al compararse sus dos cabezas directivas efectivas: el general «africanista». Franco, y el catedrático universitario. Juan Negrín. Nacidos los dos en el mismo año, 1892, pertenecían a las caras opuestas de una misma generación española, la de 1914 -la de los universitarios europeizados (y europeizadores) y la de los militares que habían hecho sus rápidas carreras en las brutales campañas marroquíes, una actividad esencial-mente anacrónica. El general Franco era, sin duda alguna, el epítome de la rama militar de la generación de 1914 y el Dr. Negrín era, en verdad, el español de su generación más plenamente representativo - como ya indicamos antes- de la modernización científica iniciada a principios del siglo XX. Era, también, trágicamente simbólico el enfrentamiento bélico en los terrenos y edificios de la Ciudad Universitaria madrileña tan unidos a la propia vida profesional del Dr. Negrín: hace años en el Instituto de Filología, regentado entonces por el Dr. Antonio Gallego, vi los ejemplares de revistas científicas agujereados por balas enemigas, ya que habían sido utilizados los gruesos volúmenes en los parapetos de las ventanas del edificio defendido por las Brigadas Internacionales.

Una exclamación dolorida de Azaña en 1935 («¿Es, pues, imposible darse a conocer a otro?») seguramente se la hizo también Negrín, desde mayo de 1937. También debe señalarse que, al menos, Azaña dejó abundantes testimonios escritos que permiten reconstruir su personalidad política. Mas del Dr. Negrín no hay apenas textos reveladores comparables a los de Azaña: señalemos, de paso, que Negrín desdeñaba todo lo que él llamaba «estéril narcisismo», y quizás esto explique la ausencia de claves escritas suyas que pudieran servir a los historiadores. Es más, muchas de las personas que le conocieron confesaron no haberle entendido. Así el eminente político catalán. Carles Pi Sunyer (perteneciente, además, a una familia de científicos muy próxima a Negrín), escribía en sus Memorias: «Confieso que a pesar de haber pensado mucho en ello, no puedo llegar a comprender (y por lo tanto a valorar con justicia) la personalidad

y el carácter de Negrín». Añadiendo Pi Sunyer: «No los comprendía durante la guerra, cuando era un problema del momento, y sigo no comprendiéndolos, ahora, cuando son un problema histórico».

No es ésta la ocasión para intentar resolver el enigma que fue Negrín para muchos de sus coetáneos. Mas sí quisiera acentuar dos rasgos inseparables de la figura singularísima del Dr. Negrín: su acendrado patriotismo y su conciencia histórica del papel jugado por la defensa de la Segunda República. Me limitaré a utilizar dos textos particularmente reveladores: el primero es un informe del agregado militar francés, el teniente-coronel Morel, fechado el 22 de abril de 1938, que se halla en la serie de documentos diplomáticos franceses correspondiente a dicho año. Negrín era entonces Ministro de Defensa, además de Presidente del Gobierno. El teniente-coronel Morel, con otros agregados militares, fue invitado a almorzar por el Dr. Negrín, en su nueva calidad de ministro responsable de los asuntos militares, el 21 de abril (recordemos que a principios de abril había substituido a su antiguo amigo Prieto en dicho Ministerio), señala Morel, en su informe, que fue sentado junto al Dr. Negrín y que dadas las dimensiones de la mesa, la conversación había de limitarse al comensal inmediato. Además, el que hablaran en francés protegía la franqueza de los dos amigos. Anotemos, entre paréntesis, que el teniente-coronel Morel era, como muchos oficiales franceses, de familia monárquica y de un patriotismo acerado. «Si hubiera hoy un rey en Francia - había dicho al jefe del gobierno de su país. León Blum- no dudaría un instante en ayudar militarmente a la República española».

Indicaba Morel, en su informe, que decir que el Dr. Negrín era inteligente no bastaba: le parecía el único político español (de los numerosos que había conocido) capaz de muy valiente lucidez. Demos, ahora, la palabra por así decir, al Dr. Negrín, en la transcripción de Morel:

«Frente a Hitler, frente a Mussolini, no tengo nada. Un pobre ejército. Pero digo no. Me niego a creer en los chantajes. Me dicen que estoy derrotado: yo contesto no...».

Tras referirse a todos sus esfuerzos en aquella sombría primavera de 1938 -recordemos que un mes antes, el 12 de marzo, Hitler había ocupado Austria- continuaba el Dr. Negrín:

«Si esta guerra fuera meramente española seguramente haría lo mismo que hago. Pero no me apasionaría tanto. Hay valientes y canallas en los dos lados de la contienda. En 1936 escogí mi bando instintivamente. Pero tenía mis dudas, por-que soy un hombre de orden. Usted ha visto el Madrid de 1936: para un profesor universitario no era un espectáculo agradable. Ahora sé muy bien lo que defiendo. Es, simple-mente, una manera de pensar, de vivir. No conozco a Franco, ni le odio. Pero ahí están los italianos, los alemanes».

Y haciendo un leve gesto hacia los agregados militares soviéticos, el Dr. Negrín añadía: «esos son también peligrosos, pero los necesitamos ahora». Las palabras citadas del Dr. Negrín muestran muy patentemente que se veía a sí mismo como un resolute patriota español y como un defensor de la civilización democrática europea.

Si volvemos ahora a aquella primavera de 1937 cuando el Dr. Negrín asumió la jefatura del gobierno republicano, notamos de inmediato un cambio en el ámbito gubernamental: porque la capacidad intelectual del nuevo Presidente del Consejo de Ministros correspondía a la complejidad nacional e internacional de la guerra española. Esto se comprobó fuera de España, en la sesión de la Sociedad de las Naciones de septiembre de 1937. Lo usual era que los países miembros fueran representados por los ministros de Relaciones Exteriores, pero el Dr. Negrín decidió ir a Ginebra como jefe de la delegación española: recordemos, además, que a España tocaba presidir la Asamblea General, dado que figuraba en el Consejo de la Sociedad de Naciones entonces y lo presidía según el turno establecido. No podemos comentar los dos discursos pronunciados en francés por Negrín a mediados de septiembre de 1937. Lo que me importa señalar es que el Negrín que vuelve a España -y que presenta por vez primera a su gobierno a las Cortes, el 1.º de octubre, en la Lonja de Valencia- es ya él mismo: el gobernante español que se sabe preparado para actuar en la política de la trágica Europa del bienio 1937-1939. Y me aventuro a afirmar que Negrín sintió en Ginebra que él era también más fuerte (moralmente hablando) que los demás representantes de las potencias democráticas porque veía más claramente los enormes peligros que amenazaban a la paz europea. Fue, quizás, entonces cuando percibió con extremada lucidez que el problema militar de la guerra de España había que situarlo dentro de un vasto contexto internacional, lo que él llamaría más tarde «la guerra de Europa». Y la de España era sólo una batalla, la primera, de esa guerra general. La responsabilidad de la Segunda República era, por lo tanto, muy considerable: era defender ya a Europa en la irremediable guerra que podría estallar en cualquier momento.

En una Europa crecientemente aterrada por las agresiones de Hitler, el deber de los defensores de la Segunda República era, según Negrín ser un paradigma de voluntad y de fe en la posibilidad de detener a los nazis y a los fascistas italianos. De ahí que Negrín preparara, con el general Vicente Rojo, la gran sorpresa militar que fue el cruce del Ebro, el 25 de julio de 1938. Era manifiestamente un riesgo considerable para la República, pero Negrín aspiraba también a dar un ejemplo que pudiera afectar favorablemente el decaído estado de ánimo de los políticos franceses e ingleses que optaban por el llamado «apaciguamiento». De ahí que la hora más gloriosa de Negrín, en un ámbito internacional, fuera la de su discurso el 21 de septiembre de 1938, ante la Sociedad de Naciones, en Ginebra. Recordemos que a principios del mes Hitler aumentó sus gestos públicos y acciones diplomáticas tendientes a conseguir la incorporación a Alemania de la región germánica de Checoslovaquia. El día 15, el Primer Ministro británico, Chamberlain se entrevistó con Hitler. Entrevista repetida el 22, en la que fue notificado de la intención alemana de ocupar pronto militarmente la mencionada región checoslovaca. Los días siguientes -del 23 al 29 de septiembre- fueron vividos por gran parte de Europa como los últimos de la paz. El Dr. Negrín había llegado a Ginebra el día 18 y comprobó inmediatamente la parálisis creciente de la Europa democrática frente a los reiterados chantajes de Hitler. Su discurso del día 21 - aparte de ofrecer la retirada inmediata de las Brigadas Internacionales- apuntó con la energía de su convicción a fortalecer el ánimo de los liberales europeos allí congregados. Todo fue en vano y el Dr. Negrín regresó a Barcelona para seguir la batalla del Ebro, entonces en la fase de la contraofensiva de los rebeldes. Y el 30 de septiembre, en el Monasterio de San Cugat del Valles, ante las Cortes de la República allí reunidas, pronunció Juan Negrín uno de sus más memorables discursos: recordemos que era el mismo día del lamentable Pacto de Munich, firmado poco después de la

medianoche del día 29. «La guerra se pierde cuando da uno la guerra por perdida»: el lema de Negrín, desde la prima-vera de 1938, y reiterado ahora con firmeza, no era, una mera consigna retórica.

Aquella siniestra madrugada muniquesa había, prácticamente, sellado el destino de la Segunda República. Seis semanas más tarde, a mediados de noviembre de 1938, el Ejército del Ebro se replegaba a la orilla izquierda del río, al no haber recibido el armamento acumulado y detenido en Francia. Fue entonces cuando Juan Negrín cobró conciencia -que podríamos llamar trágica- del papel reservado por la historia a los aguerridos defensores de la Segunda República. «El héroe, el protagonista de una tragedia -escribía Unamuno en 1918- lo es porque tiene conciencia del hado, del sino que sobre él pesa». El Dr. Negrín sabía, por supuesto, en el comienzo del invierno de 1938-1939, que la República tenía pocas posibilidades de sobrevivir, mas no cejó en apelar a los españoles leales a revivir el espíritu del pueblo madrileño en noviembre de 1936. Se repite que Negrín aspiraba, así, a conseguir que la República existiera todavía en España cuando estallara la inevitable guerra europea en un futuro ya muy próximo. No creo que pueda descartarse como una posibilidad histórica real dicha esperanza, pero, dado el extraordinario conocimiento de la política internacional que tenía Negrín, me inclino a suponer que también pensaría (como lo hicieron algunos expertos observadores de la Europa de 1938-1939) que Hitler no se lanzaría a la guerra mientras no estuviera España en manos del general Franco. Conjeturo, en cambio, que Negrín sentía que la resistencia a ultranza de la República propiciaba, en diversas formas, el resurgir de un espíritu combativo frente a Hitler de las democracias occidentales. En suma, los defensores de la República eran héroes trágicos -condenados a ser derrotados por un, sino incoercible- cuyo sacrificio permitiría a la Europa liberal ganar tiempo para enfrentarse a la barbarie nazi.

Adelantemos ahora la cronología y consideremos el segundo texto al que antes me referí, preparado, (y probablemente escrito) por el propio Juan Negrín.

El primero de abril de 1948 apareció en el diario norteamericano de París, *Herald Tribune*, un artículo de Juan Negrín -al que siguieron dos más, el 2 y 3 de abril- que tuvo una inmediata resonancia internacional. El título mismo del artículo, «España y el Plan Marshall», apuntaba ya su carácter polémico, puesto que se había excluido a España del conjunto de naciones europeas que podían acogerse a los beneficios del aludido Plan de reconstrucción económica. El Dr. Negrín no se proponía justificar tal exclusión: muy al contrario, quería condenarla como un castigo innmercedo al pueblo español. Así empezaba su artículo el Dr. Negrín:

«Creo que mi país, España, debería poder participar en el Programa de Reconstrucción Europea. Su exclusión significaría tan solo sufrimiento para el pueblo español».

Expone a continuación cómo la Europa que representa lo que él llama «el liberalismo occidental», tiene una enorme deuda con la España que combatió contra el fascismo internacional, dando así tiempo a Inglaterra en particular, para armarse con vistas al conflicto bélico inminente con la Alemania nazi. Y, sin embargo, tanto los recientes enemigos de los aliados atlánticos -como los países comunistas del Este europeo- habían sido invitados a participar en el Plan Marshall. Y tras hacerse una dolorosa pregunta - «(Tiene esto la misión de infligir a España, al país y al pueblo un castigo innmercedo

que no se ha impuesto a países culpables de una guerra criminal?»- señala Negrín que quizás se haya pretendido, con la exclusión de España, propiciar un cambio de su régimen político. Tal propósito le parece al Dr. Negrín un engaño de inocentes: y es manifiesto que alude, sin nombrarlos, a los políticos españoles exiliados -que tenían una marcada influencia en la comunidad liberal norteamericana- y también se dirige Negrín a esta misma comunidad, muy adversa en aquellos años, al régimen caudillista español. Su objeción es muy terminante:

«...soñar con la restauración de la República, a través del hambre y del empobrecimiento de España, es un error. El nivel de vida muy bajo, el hambre y la miseria conducen a un estancamiento...(Hemos luchado) por defender el libre albedrío de nuestros compatriotas tal y como estaba inscrito en la Constitución. (Mas) sería imposible alcanzar esta meta si la República fuera heredera de un país arruinado y empobrecido».

Añadiendo Negrín: «Seguiremos luchando contra la dictadura de nuestro país. pero debemos negarnos con determinación a luchar contra España» (Actitud que en una carta privada de entonces condensaría en el lema, «Contra Franco, todo, contra España, nada).

El segundo artículo -correspondiente al 2 de abril de 1948- con el título «La España de Franco y el Programa de Reconstrucción Europea», considera «el deseo de aislar al régimen español y de promover su desintegración por presiones políticas y económicas exteriores». «Negrín declara tajantemente que «jamás habrá presión exterior capaz de traer un cambio a España». Observando:

«Las restricciones, represalias y coerción tornan hostil [al pueblo] y dan a los dictadores excelentes bases de propaganda patriótica.»

Concluyendo: «Y, al final, la causa constitucional [española] saldría perdiendo, [pues esperar] lo contrario revelaría una falta de conocimiento del orgullo de los españoles y de la base de la psicología española». El tercer artículo, «España y los dieciséis», es, sin duda, el más imaginativo y el más polémico. En uno de sus párrafos iniciales resume el Dr. Negrín la original tesis del artículo:

«He sostenido que España, a pesar del régimen de Franco. debe ser admitida en el Programa de Reconstrucción y he demostrado que su exclusión sólo significaría sufrimiento para el pueblo español. Pero afirmo que la España de Franco debe permanecer fuera de la unión europea».

Condena Negrín. sin embargo, que los países democráticos que mantienen relaciones diplomáticas con España, le impidan participar en congresos de carácter técnico y menciona como ejemplos «recientes encuentros internacionales de correos, aviación, radio, y estupefacientes». Y Negrín se solidariza con todos los españoles que se han sentido ofendidos: «yo personalmente -reitera- he sido uno de ellos».

Para concluir su apelación a los rectores del Plan de Reconstrucción europea, propone un plan, el esbozado en el párrafo inicial antes citado: «Las instituciones de la República española deben ser reconocidas». Esta dual acción de la comunidad de

naciones democráticas -inclusión de España en el Plan Marshall, reconocimiento del gobierno republicano en el exilio (en el cual no participaba Negrín)- produciría «en poco tiempo un cambio, sin problemas, y restauraría, sin violencia, nuestra constitución suspendida». Y, por supuesto, España podría entonces ingresar en la Unión Europea.

Está de más recordar que los artículos del Dr. Negrín motivaron agrias reacciones entre los exiliados españoles, e incluso entre los más afines a él. Baste mencionar a Ramón Lamonedá, secretario general del pequeño partido socialista llamado «negrinista». Su correspondencia y la de Negrín se publicaron en México, pero apenas ha tenido difusión ese importante volumen. Ahí aparece claramente el contraste entre la singularidad política de Negrín y la de un dogmático dirigente de su propio partido: «Seamos los primeros -escribe Negrín- en reclamar para nuestro país lo que le corresponde, aunque no seamos quienes lo administremos ni vayamos a disfrutar de ello». Y a una previsible objección de Lamonedá, responde Negrín:

«¿Que eso va ayudar a Franco? Mire usted, Lamonedá, eso son pamplinas. Ni con el Plan Marshall se le mantiene, ni sin el Plan se le echa»

La moneda señaló también a Negrín que la Unión Soviética se oponía al Plan Marshall y no querría, por lo tanto, apoyar a los exiliados españoles. en sus esfuerzos por conseguir el reconocimiento del gobierno republicano por los vencedores de la Guerra Mundial. La contestación de Negrín fue muy explícita:

«Desde 1936 hemos coincidido con los rusos en muchos objetivos, pero ellos saben muy bien -porque me he cuidado de que se enteren- que nuestras últimas finalidades y nuestras concepciones políticas eran distintas, en muchas ocasiones opuestas».

Añadiendo Negrín: «los objetivos coincidentes [con los rusos] tenían máxima prioridad sólo como pragmática política». Y reitera su profundo sentimiento patriótico: «Yo estoy con el Plan Marshall y no estoy dispuesto a contribuir a que mi país se hunda».

La actitud de Negrín expuesta en los tres artículos citados del *Herald Tribune* motivó, finalmente, su total aislamiento político dentro de la comunidad de los españoles exiliados. Y, sobre todo, incrementó para muchos de ellos las perplejidades que habían sentido respecto a la figura de Negrín. Y así desde 1948 Juan Negrín se convirtió en una figura política más enigmática de lo que era, hasta entonces, para adversarios y afines. Ni siquiera la muerte -en París, el 12 de noviembre de 1956- le dio el claro perfil que tan frecuentemente fija para la posteridad la singularidad absoluta de un ser humano.

Se ha dicho que la dimensión trágica de un personaje histórico no depende del éxito o el fracaso de su acción. Porque un héroe trágico lo es, sobre todo, por encarnar con nitidez histórica el drama de una colectividad humana en una determinada fase de su historia. Y me atrevo a sostener que el héroe trágico más enteramente representativo de aquella hora universal de España fue -es- Juan Negrín. Se comprende así también el dolor patriótico que le llevó en 1948 a pedir que el único pueblo de la Europa Occidental que había luchado durante casi tres años contra las fuerzas conjugadas del fascismo internacional recibiera la ayuda que se ofrecía entonces por los Estados Unidos a los países derrotados en la guerra mundial, precisamente los países que habían hecho

posible para los rebeldes de 1936 la guerra misma y su victoria. No consiguió que se realizaran sus patrióticos propósitos, Juan Negrín, y cabe conjeturar si en su temprana muerte no actuó el pesar de ver nuevamente al pueblo español padecer un sino histórico. Y quizás un día no lejano la Europa beneficia-ría del Plan Marshall rinda tributo a los defensores de la Segunda República. y a su paradigma Juan Negrín.

(*) Quisiera dedicar esta conferencia a la memoria de mis queridos y admirados amigos, el Dr. José Puche (catedrático de fisiología y rector de la Universidad de Valencia) y el gran escritor Max Aub: fueron los dos muy admiradores del Dr. Negrín. y me ayudaron considerablemente en mis frecuentes visitas a México entre 1964 y 1968 cuando preparaba la edición de las *Obras completas* del Presidente Azaña.